

Estudiar... también es amar I Parte¹

-Una valoración del estudio durante la etapa preparatoria para la consagración definitiva y la ordenación sacerdotal-

1- El camino a recorrer

Estudiar ocupa larga e intensamente a los miembros de la Iglesia que desean consagrarse a Dios en la vida religiosa contemplativa y activa, los institutos seculares, la virginidad consagrada y el presbiterado. Este escrito intenta ser una **valoración religiosa, contemplativa y amable sobre el sentido y el espíritu del estudio al prepararse para la consagración y la ordenación**. Deseo contribuir a que los hermanos que se encuentran en el **período inicial de su formación vocacional** se dispongan a afrontar sus estudios con envergadura, es decir con una gran responsabilidad y generosidad... que seguramente ya tienen, pero que siempre puede ser mejor.

La presente reflexión es un camino a recorrer en dos etapas: **un primer artículo** trata sobre la espiritualidad mariana que puede impregnar la formación intelectual, y sobre el sentido de amor por la verdad que debe informar los sectores concretos del estudio: la filosofía, la teología, el propio carisma eclesial y la cultura general. **El segundo artículo** trata sobre el amor a Cristo y a los hermanos como el motivo que apremia la preparación vocacional. Se ofrece también una descripción del estudio como tarea «personal» y necesitada de la apertura a la gracia: el desarrollo de un amor realista y religioso requiere, conjuntamente, lo propio del saber natural humano y la asistencia del Espíritu de la verdad.

¹ La Autora es profesora de teología, y pertenece a la Asociación de Servidoras.

El Señor llama a los que quiere -mujeres y varones- para que estén con Él y para enviarlos a predicar (cf. *Mc* 3,13-14). Los convocados a la consagración y al sacerdocio son invitados por el Señor a una entrega total a Él y a su obra redentora. Es una invitación que profundiza la vocación cristiana según una elección particular (cf. *Jn* 15,16). Se trata de seguir al Señor con un corazón indiviso (cf. *1 Co* 7,32-34), dejándolo todo por Él (cf. *Mt* 19,27), disponiéndose a una vida de oración, oblación y servicio por el Reino². Y frente a ello... la educación de la propia persona es algo indispensable.

2- María «meditaba en su corazón» (*Lc* 1,38.45; 2,19)

El tiempo de formación vocacional tiene en el estudio una veta privilegiada para asimilar el misterio mariano. María está presente en el nacimiento y progreso de cada vocación en la Iglesia, especialmente si es consagrada y sacerdotal. Desde que Jesús le dijo: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (*Jn* 19,26), con su personalizada intercesión maternal y con su ejemplaridad de creyente, continúa su misión de cooperar con amor materno a la generación y educación del Pueblo de Dios³. La Iglesia, por el poder del Espíritu, engendra nuevos hijos en un parto que siempre se reitera al transformar este mundo con la gracia. Pero, mientras peregrinan en la fe los hijos de Dios, nacidos y alimentados por los sacramentos y la predicación que la Iglesia entrega al evangelizar, María es la Madre educadora de la fe, la pedagoga del Evangelio, la intercesora de toda gracia⁴.

«Por eso un ambiente mariano sostenido por una teología auténtica, asegurará a los religiosos -y a las demás formas vocacionales- autenticidad, solidez y gozo, sin los cuales su misión en el mundo no podría cumplirse plenamente»⁵.

En la tarea de estudiar es muy bueno y amable tomar por modelo a María «Sede de la Sabiduría». Ella gestó al Verbo primero en su corazón, por su fe, y luego en su seno por el poder de Dios. María recibía toda Palabra de Dios, nutriéndose de ella. La meditaba en su corazón: para comprenderla, profundizarla y

² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Perfectae caritatis*, n° 5.

³ Cf. *Ibid.*, n° 6.

⁴ Cf. IIIª CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Documento de Puebla*, ns. 288 y 290.

⁵ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación de los religiosos*, n° 110.

guardarla. Dio al mundo la Sabiduría hecha carne, la «Teología» de Dios. En este sentido los Padres de la Iglesia le atribuyen el ser, en cierta forma -y como nadie- «teóloga»⁶.

La bienaventuranza de María como *dichosa por haber creído* (Lc 1,45) consiste en tener una fe contemplativa, coherente, testimonial. El conocer y aceptar la voluntad del Señor alimentaba su disponibilidad interior para «abandonarse en la verdad misma de la palabra del Dios viviente»⁷, *partir con presteza* para servir a los que la necesiten, y anunciarles la novedad de su Hijo (cf. Lc 1,39). Ésta es la dicha mariana, la que Jesús ponderó: *Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan* (Lc 11,28). Ella fue la primera de los pequeños a quienes Dios ha revelado sus cosas, por los que el Señor exultaba (cf. Lc 10,21-24).

Toda la vida de María transcurrió *oculta con Cristo en Dios* (Col 3,3), en un contacto permanente y cotidiano con su realidad insondable, mientras era introducida en la radical novedad de la autorevelación divina, e iba tomando conciencia del misterio. Esto le trajo una particular fatiga del corazón, unida a una especie de «velo» o «noche de la fe». Durante muchos años permaneció en intimidad con el misterio de la encarnación, y avanzó paso a paso en su itinerario de fe⁸. Con fatiga heroica, atendía siempre al mensaje que las palabras y acontecimientos de su Hijo le revelaban. *Ella siempre meditaba en su corazón* (Lc 1,38.45; 2,19), encaminando su vida presente en la memoria de lo vivido y escuchado.

Su sabiduría nacía a veces inquisitivamente, con la pregunta en el alma y en los labios, con la pausa y el trabajo del discernimiento, como sucedió en la Anunciación y en el Templo al encontrar al Niño. Otras veces su sabiduría surgía envuelta en una respuesta que superaba cualquier pregunta: cuando concibió en su seno por la obra del Espíritu, cuando vio morir a su Hijo, cuando acontecieron la Resurrección y Pentecostés. Por momentos se mostraba emotiva y profética, como en el *Magnificat*. Pero siempre se trataba de la sabiduría de su espíritu estudioso de *las grandes cosas que obraba el Señor* (cf. Lc 1,49).

María no transitó por bibliotecas, no cursó materias, no dio exámenes... pero meditaba asiduamente la Escritura, la Palabra revelada, y sobre todo: estuvo sin pausa abierta a la verdad, por amor y con servicialidad, poniendo su esfuerzo y contando con la fortaleza de Dios. Y así aprendió muchas cosas... y fue sabia... y glorificó al Señor... y hasta hoy su pequeñez ha estado repercutiendo en la historia de los que el Hijo redime.

⁶ Cf. VON BALTHASAR, H. U., *De la théologie de Dieu a la théologie dans l'Eglise: Communio* VI,5 (septembre-octobre, 1981), p. 12.

⁷ JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n° 43.

⁸ Cf. *Ibid.*, n° 17.

Por éstas, y por tantas razones que en nosotros pueden surgir, María es modelo de espiritualidad en la apertura a lo real, en el estudio de la verdad... En su actitud de discípula se encuentra un itinerario probado y certero para la vocación de discípulo del cristiano, que puede ser especialmente elocuente para quienes tienen una vocación de especial consagración.

Que como María seamos capaces de escuchar, preguntar, aceptar, meditar, esperar, gustar, sufrir, profesar, defender, encarnar y compartir lo que «estudie-mos»: lo que el Señor ha hablado al hombre por el Hijo, por su Iglesia...y por tantos sabios de la historia que nos dejaron su ciencia. Que como la *servidora del Señor* estemos dispuestos a *hacer su voluntad*, que hoy es estudiar con la mente y con la vida, para ser dichosos por ser fieles al llamado de quien *hizo en nosotros maravillas* (cf. *Lc 1,38.49*).

3- Realismo antes que tránsito

Ser «estudioso» es una actitud de realismo antes que de tránsito a lo largo de los libros... El estudio es apertura a la realidad, a la verdad en todas sus dimensiones. Las disciplinas de la filosofía, de la teología y de otras ciencias abarcan el inmenso caudal del saber que los hombres han ido acrecentando, ordenando y presentando a las generaciones siguientes. En esta etapa de la formación vocacional es fundamental abrirse al conocimiento científico, mientras institucionalmente se penetra en el carisma que se asume en la Iglesia. También es el momento de acrecentar la cultura general que reclaman una personalidad bien desarrollada y una vida realmente servicial.

El motivo primero de la formación intelectual es la pasión humana por el descubrimiento del ser, por la verdad teórica y la de los hechos, en todos los órdenes de cuanto existe. Los estudios son trascendentes pues dan por resultado un mayor amor por la comprensión y realización de la verdad, y un afianzamiento como personas, como creyentes y como agentes lúcidos de la caridad.

El conjunto de los estudios al que nos referimos no implica lo meramente intelectual, sino un espíritu y un ejercicio de búsqueda atraído por el deseo de la sabiduría. La sabiduría -de la que antes dijimos que María es modelo- trae consigo una serie de virtudes, y puede llevar hasta el plano de las bienaventuranzas, como veremos más adelante. Este «realismo estudioso» es coextensivo a la propia entrega personal en la Iglesia, y está motivado por un natural impulso al conocimiento contemplativo y de la verdad orientadora de la praxis, así como por un apremiante amor a Dios y a los hermanos en la «caridad pastoral»⁹. Todo cuanto

⁹ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n° 57.

intentemos ser y hacer sería utópico sin el amor fundante por la realidad, conociendo y reconociendo lo que es y lo que debe ser.

Tener una sólida cultura ayuda a los consagrados y sacerdotes a estar en la historia y en el mundo con lucidez, con raíces, con libertad y con *alabanza de la gloria de su gracia* (Ef 1,6). El estudio debe ser emprendido en el seno de una formación integral, es decir humana, espiritual y pastoral. «Trabajar para saber» no sólo no se opone al ansia de oración intensa, de servicio eficaz a los hermanos, de santidad, de lucha por la liberación, sino que las siembra en el «humus» fecundo de la verdad. El amor por lo real, y por la verdad que lo expresa, insistimos, está intrínsecamente vinculado a la naturaleza de la persona y a su respuesta de fe, y sin ese amor previo la entrega vital sería, posiblemente, apenas un espejismo. Amar la verdad es la chispa que nos enciende como lámparas en medio del pueblo, cuya luz brilla alumbrando a los hombres.

Para la formación intelectual que corresponde a este ámbito de las vocaciones, el consorcio entre todos los medios del esfuerzo humano y del auxilio divino -que es de algún modo el consorcio de la naturaleza y la gracia- se manifiesta ejemplarmente en Jesús y María. La contemplación y acción del Salvador, Dios encarnado, y la fe dolorosa y fecunda de su Madre, son la mejor orientación del «espíritu» de aquel estudio que se emprende por causa de la vocación y la misión en la Iglesia.

4- Las más hondas razones

El estudio tiene como fin adquirir el conocimiento de la realidad. Y ésta abarca tanto el orden natural que procede de la creación y de los aportes humanos a la civilización, como el orden sobrenatural que procede de la participación de la vida de Dios por la obra salvífica de Jesús, y que tantos cristianos han llevado a multiformes expresiones a lo largo de la historia.

Cada hombre es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), inteligente y libre para conocer y amar al autor de la creación y de la redención, los planes y las obras divinas, y a sí mismo. Llamado a la *obediencia a la verdad* (1 P 1,22), está natural e inapelablemente inclinado a conocer la realidad, participando de la inteligencia de Dios, quien como origen y meta, provoca en lo profundo del corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento¹⁰.

¹⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, Proemio y nº 1.

Es ésta una de las más hondas razones de la necesidad del estudio, que no consiste sino en escudriñar con rigor y vigor lo que rodea al hombre en el tiempo y el espacio, lo que lo trasciende, y lo que encuentra en su interior. Al tratar de conseguir la sabiduría, la persona se abre y va logrando un conocimiento que le permite una adhesión madura a la verdad y a Dios¹¹.

En cuanto a los que han recibido la fe cristiana, la necesidad del estudio de lo revelado se funda en su profundidad inagotable y en el dinamismo interno de la inteligencia del creyente. La fe subjetiva recorre un itinerario de búsqueda espiritual y, anhelando adquirir más razones de lo que cree, penetra paulatinamente entre los pliegues de la verdad («*fides quaerens intellectum*»). Deseamos conocer al Padre de nuestra vida y al Señor de nuestra historia: la mediación del estudio para este logro es una realidad del mayor valor... «*He deseado ver con el entendimiento aquello que he creído, y he discutido y trabajado mucho*»¹².

Las disciplinas científicas tienen como objeto -diversificado en un estudio específico- las múltiples dimensiones de lo real natural y sobrenatural. Quien estudia en el ámbito de una ciencia de cualquiera de ambos planos, adquiere en sus potencias los hábitos formales cognoscitivo-teóricos y volitivo-prácticos, así como los conocimientos objetivos o hábitos materiales propios de tal saber: esto conforma la ciencia en sentido subjetivo. El conocimiento adquirido comporta un conjunto de valoraciones y de virtudes morales que constituyen el aspecto axiológico de la ciencia. Lo axiológico es lo que dignifica el estudio científico y permite integrarlo en una cosmovisión cuyo marco ofrece un sentido más abarcativo y profundo, con posibilidades de una trascendencia a los confines de la ciencia misma.

Al aprehender la verdad, es decir la realidad de la naturaleza y de la civilización, ya extáticamente, ya en sus acontecimientos, se alimenta la sabiduría del hombre. Se produce también infaliblemente la unión con el Maestro, que es el *Logos* eterno encarnado, fuente de todas las criaturas que existen (cf. *Col* 1,16), y también fuente de toda relación de verdad entre los hombres y lo que éstos pueden conocer. En cuanto a la sabiduría proveniente de la revelación sobrenatural, todo cristiano ha recibido al Espíritu para poder creer en la palabra de Dios con *inteligencia profética* (cf. *Hch* 2,17).

Aunque éstas parezcan razones remotas -¿y quizás poco vivenciales?- es preciso tener una valoración lo más alta posible del estudio. El orden conceptual perfecciona la imagen divina insita en el hombre: el conocimiento intelectual es

¹¹ Cf. *Pastores dabo vobis*, nº 51.

¹² SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* XV,28; CCL 50A, p. 534.

participación del Ser por quien fuimos creados (cf. *Gn 1,26*), y establece al hombre en el mundo como alguien que manifiesta los atributos de Dios sabio y providente.

5- La filosofía o «veneración amorosa» por la verdad

Por esta «vocación a la verdad» es necesaria la filosofía para el hombre. Es para él la vía de percepción de lo que está más hondo y en el corazón de lo que existe en el mundo circundante y en lo recóndito de su mundo interior... El ser, ese omnipresente ser, perceptible y escondido, conquistable e indómito a la vez, es el constante aguijón de la humanidad que espeja a su creador.

El hombre está diseñado de modo tal que no cesa de buscar a la Verdad en las verdades, al Bien en los bienes y al Ser en los seres. Por eso muchos, con mayor o menor acierto, o incidencia en los movimientos culturales de la historia, han dejado para las generaciones un acervo de pensamiento filosófico. A la hora de formar la propia cosmovisión es conveniente tener en cuenta sus aportes, teniendo una disposición crítica al respecto, para «reconocer al ser» y alimentar los criterios de discernimiento sobre la realidad, sobre la cultura contemporánea, sobre «lo que pasa», con una profundidad causal. La filosofía es un saber teórico, que estima y goza con la percepción de la verdad, pero que deja un saldo de sabiduría, de orientación existencial del presente y del futuro. Deja también un hábito de distinción de lo que es necesario y contingente, permanente o transitorio, trascendente o inmanente, esencial o fenoménico, físico o metafísico. La filosofía es un recurso intrínseco de la humanidad, que tiene las manifestaciones de la sabiduría sencilla y popular, y las obras maestras de un saber que impregna los siglos.

El magisterio de la Iglesia expresa que el sentido de las disciplinas filosóficas y teológicas es concurrir armoniosamente a abrir a quienes se forman al misterio de Cristo, que afecta la historia e influye en la Iglesia, y que actúa por medio del ministerio al que se preparan los futuros sacerdotes¹³. Estos elementos son analógicamente válidos para los religiosos.

En el n° 61 de *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos* se mencionan indicaciones, a su vez valiosas para el sacerdocio: se requiere prepararse según las exigencias contemporáneas. Las disciplinas filosóficas procurarán:

¹³ CONCILIO VATICANO II, *Optatam totius*, n° 14.

«(...) Un conocimiento de Dios y una visión cristiana del mundo en estrecha conexión con las cuestiones debatidas en nuestro tiempo, que haga resaltar la armonía que existe entre el saber de la razón y el de la fe para la búsqueda de la única verdad. En estas condiciones los religiosos se defenderán de las tentaciones siempre al acecho de un racionalismo crítico por un lado, del pietismo y del fundamentalismo por el otro».

Optatam totius en el n° 15 expresa, además, que el estudio de la filosofía ha de apoyarse en su patrimonio perenne, abrirse a las visiones filosóficas modernas, y al progreso de las ciencias, prestando atención a los problemas existenciales y las cuestiones que preocupan a los alumnos. A través de la historia de la filosofía se debe progresar en descubrir lo verdadero, así como la raíz de los errores pasados y presentes. La filosofía ha de suscitar amor a la verdad, hábitos de búsqueda, observación y demostración, y reconocimiento del límite de la ciencia humana. Éste es el modo de prepararse para el diálogo con la propia época. Además deben percibirse los nexos entre los argumentos filosóficos y los misterios salvíficos que la teología considera desde el plano superior de la fe¹⁴. La importancia de los hábitos y contenidos de una sana filosofía reside en que llevan al conocimiento e interpretación profundos de la persona y su inserción en la realidad total, y de la armonía entre el plano filosófico y el teológico.

La formación filosófica desarrolla la conciencia de la relación constitutiva entre la verdad y el espíritu humano, culminante en Jesucristo. Sólo con seguridad en la verdad se puede dar la vida para la evangelización de los demás. La certeza del acceso a la verdad funda esa «veneración amorosa» por ella, deseable para la personalidad, en medio de tantos desafíos¹⁵.

El largo paso por las materias filosóficas puede ser estéril, un desierto que no produce vida alguna si no se procura tener docilidad ante la verdad. Hay una forma de evitar esta frustración: la apertura del ánimo, del corazón, de la mente, con la medida de cada uno, pero con generoso intento. Toda persona puede «saber», es decir «saborear» lo que conoce. Toda persona está llamada al gozo y la seguridad de andar a la luz del día. La docilidad que remedia la esterilidad reside en poner entusiasmo por abrirse a los planteos filosóficos y por aplicarlos a lo cercano, por prepararse para dar respuestas a un mundo anudado en tantas oscuridades.

¹⁴ La formación filosófica es presentada en la misma línea tanto en *La formación teológica de los futuros sacerdotes* como en *Pastores dabo vobis*.

¹⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n° 52.

6- Estudiar teología o «entender para creer»

La Iglesia, en su experiencia secular, ha requerido la preparación filosófico-teológica de sus consagrados y presbíteros. La Teología, si bien se basa en el conocimiento revelado, reclama el saber en el orden natural, de una filosofía sólida en su cosmovisión y en su procedimiento lógico. Jamás la gratuidad del don sobrenatural -como lo es la revelación- se asienta al margen de la disposición natural: la gracia divina no destruye sino que sana y perfecciona la naturaleza. Es así que se estudia la filosofía de modo sistemático en vistas a los estudios teológicos:

«La formación filosófica, que debe fundamentarse en el patrimonio de la filosofía perenne y tener en cuenta a la vez la investigación filosófica realizada con el progreso del tiempo, se ha de dar de manera que complete la formación humana de los alumnos, contribuya a aguzar su mente y les prepare para que puedan realizar mejor sus estudios teológicos»¹⁶.

La naturaleza de la teología es la de una ciencia proveniente de la fe y conducente a ella: la fe es su «*habitus*» propio... una fe que busca entender para creer más. Esto es definitorio para los contenidos y el espíritu del estudio teológico, y para desarrollar simultáneamente el rigor científico y un amor vivo al Señor:

«(La teología) debe considerarse como una participación de la “mente” de Cristo (cf. *1 Co* 2,16) en la forma humana de una ciencia (*scientia fidei*). Al mismo tiempo (...) la teología posee una dimensión eclesial, porque es una reflexión madura sobre la fe de la Iglesia hecha por el teólogo, que es miembro de la Iglesia»¹⁷.

Todo creyente, pero con más razones si ha sido llamado a la consagración o al sacerdocio, es en potencia un «teólogo»: la teología lo «alcanza» con un «*habitus*» frente a la revelación, a la que rumiará en su reflexión y en su orientación vital, como María. El cristiano -que puede estar más o menos formado- siempre puede tener «ojos teológicos», «corazón teológico», «ánimo teológico», y «razones teológicas»... Todo corazón abierto a Dios hace «teología», puede teologar.

Nadie puede decir absolutamente: «Yo no soy teólogo», «Yo soy para la acción, no para la teoría», «A mí no»... Porque quien tiene el don de la fe, quien ha sido hecho el «tú» de Dios que se comunica, tiene la capacidad de ser «teológico», de «hacer» en alguna forma teología. Puede rezar, contemplar, meditar los misterios del amor trascendente. Puede vivir aplicando la Palabra. Puede interesarse, aprender, estudiar la «teología de la Iglesia». Puede recibir, contener y desbordar. Puede musitar, enseñar y gritar la «teología de Dios».

¹⁶ *Código de Derecho Canónico*, c. 251.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n° 53.

Es más: en la Iglesia -particularmente en sus santos- la «teología vivida» tiene primacía sobre la teología que entendemos como «*scientia fidei*»¹⁸. ¿Cuántos santos, de rodillas, resultaron teólogos? ¿Cuántos teólogos, sobre sus mesas y sus cátedras, resultaron santos? ¿Cuántos pastores, andando y andando, allegaron la teología al pueblo y acrecentaron desde los hechos la intelección de la fe? ¿Cuántos confesores y mártires sellaron la teología con la muerte por ser coherentes con la fe? Muchísimos... Sería maravilloso enumerarlos y alentarnos con su recuerdo.

Porque la fe es vital, en lo concerniente a las disciplinas teológicas -que expresan la «*fides in statu scientia*»- éstas se brindan a la luz de la fe y bajo la dirección del magisterio, pero no descarnadamente sino alimentando la vida espiritual. Es bueno que la teología trate de evitar las cuestiones inútiles y alejadas del Evangelio, manifestando la doctrina de la revelación de manera clara para los contemporáneos, y además buscando respuestas a los problemas surgidos de la contingencia humana. En toda disciplina teológica se encontrará un contacto vivo con Cristo y la referencia existencial a la historia salvífica¹⁹.

Por la intercomunicación de los misterios -presentes también en la liturgia y vida eclesial- éstos podrán ser captados y expuestos en sus relaciones por medio de la especulación²⁰. Por lo tanto, la teología no será una mera transmisión de conocimientos sino que tenderá a la solidez y la unidad de la formación interior²¹. Ante la multiplicidad de los conocimientos sería fundamental una síntesis integral de las verdades de la fe, sin perjudicar con ella la riqueza multifacética que la teología gestó con los siglos²². La totalidad de la formación lleva a la unidad de vida del estudiante si sus elementos se le brindan con armonía, es decir con sentido, jerarquía y unidad.

Y porque existe unidad entre la fe y la razón, la fe y la cultura, la fe perenne y la contemporaneidad del creyente las disciplinas teológicas pueden cumplir la misión de mostrar la Palabra de Dios -en sí misma, la tradición y el magisterio- unida al interés por todo lo humano²³.

¹⁸ Cf. VON BALTHASAR, H. U., *De la théologie de Dieu a la théologie dans l'Eglise: Communio* VI,5 (septembre-octobre, 1981), p. 11.

¹⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Optatam totius*, ns. 16 y 17.

²⁰ En especial según la enseñanza de Santo Tomás de Aquino, particularmente recomendada por los documentos eclesiales sobre la formación teológica.

²¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Optatam totius*, ns.16 y 17.

²² Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La formación teológica de los futuros sacerdotes*, parte III, I, 2: Perspectivas de una síntesis.

²³ Es una referencia a todas las disciplinas teológicas: bíblicas, patrísticas,

«La teología se apoya, como en un cimiento perdurable, en la Sagrada Escritura unida a la Tradición; así se mantiene firme y recobra su juventud, penetrando a la luz de la fe la verdad escondida en el misterio de Cristo (...). La Escritura debe ser el alma de la teología»²⁴.

Sabemos que la Sagrada Escritura requiere un lugar especial en la formación de quienes están llamados al ministerio de la Palabra, a los diversos campos de la labor pastoral, y a la vida contemplativa. La lectura asidua de la Palabra de Dios evitará que sus portadores seamos «predicadores vacíos», «sordos a la voz del Maestro»: en la Escritura se encuentra y se conoce a Cristo, para luego comunicarlo a los hombres²⁵. Es por eso necesario conocer los principales temas de la Revelación, tener acceso a la exégesis y formar el hábito de alimentarse cotidianamente en la Biblia, encontrando el estímulo espiritual que precisamos para la vida²⁶.

Quienes han entregado su vida a Dios en el ámbito monástico encuentran su aproximación al misterio en la *lectio*, la liturgia, los Padres de la Iglesia, la enseñanza magisterial, las escuelas de espiritualidad, la teología sistemática y los conocimientos bíblicos. Los contemplativos desarrollan una contemplación atenta a las exigencias críticas de la razón humana, aunque no intentan sólo adquirir conocimientos, sino afianzar la fe. La fe formada es fundamento de una contemplación auténtica, a la vez que profundiza y ensancha la búsqueda de la inteligencia. En el contexto del mundo actual -y por la hondura de su vocación en sí misma- se espera que los contemplativos tengan un nivel de cultura humana y religiosa lo más elevado posible, como han tenido a lo largo de la historia monástica²⁷.

En el Decreto *Perfectae caritatis*, el n° 18 trata sobre la formación como causa de la renovación de los institutos. La formación religiosa y apostólica, doctrinal y técnica, y aún la obtención de títulos, puede continuar luego del noviciado, como un perfeccionamiento para el que los superiores deben procurar en lo posible, la oportunidad y los medios. Esto es aplicable a los presbíteros en la etapa de la formación permanente que concertarán con sus obispos. Una persona que se entrega a Dios asume su estudio por las exigencias de su familia religiosa o

fundamentales, dogmáticas, morales, espirituales, pastorales, litúrgicas, históricas, canónicas y doctrina social.

²⁴ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, n° 24.

²⁵ Cf. *Ibid.*, n° 25.

²⁶ Cf. *Optatam totius*, n° 16.

²⁷ Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, ns.73 a 75.

de la diócesis, o por alguna necesidad de la Iglesia o de las circunstancias de la sociedad, es decir que, aún sobre la base de sus condiciones subjetivas, no estudia para fines individuales sino con el fin del servicio (lo cual ya es propio del estudio en general)²⁸.

En cuanto a la **formación pastoral y espiritual**, si bien son dimensiones a considerar por sí mismas, es importante mencionar -tal como lo hacen los documentos eclesiales- que deben estar en armonía con los estudios filosófico-teológicos, y con la formación cultural general. La división del estudio de los demás factores de la preparación vocacional puede llevar a dos extremos nefastos para la persona y para la comunidad: o bien la filosofía y teología se convierten en una pesada carga porque no atañe al objetivo por el que se entrega la vida a Dios, o bien aislan en una burbuja teórica y autista, convirtiendo los estudios en un camino estéril de «*gnosis*» utópica. La **formación humana** tiene una clara relación con el estudio en cuanto éste reclama el vigor de la personalidad y una serie de virtudes colaterales a los hábitos intelectuales que deben desarrollarse en la personalidad, como veremos más adelante. Lo importante es, ciertamente, la integración de las dimensiones formativas, y éste es un apasionante desafío para nuestra Iglesia actual.

7- El conocimiento del propio carisma

La formación intelectual en el período al que nos referimos, abarca el estudio sobre lo propio del carisma, un estudio que trasciende lo intelectual pues debe penetrar de un modo valorativo y vital, impregnando la personalidad del consagrando u ordenando. El conocimiento de la doctrina vocacional particular del instituto, forma de vida o ministerio al que el Espíritu convoca al fiel implica la seria responsabilidad de saber lo que cada uno está llamado a ser.

«Los fundadores supieron encarnar en su tiempo con valentía y santidad el mensaje evangélico. Es preciso que, fieles al soplo del Espíritu, sus hijos espirituales prosigan en el tiempo ese testimonio, imitando su creatividad con una fidelidad madura al carisma de los orígenes, siempre atentos a las exigencias del momento presente»²⁹.

²⁸ Cf. *Código de Derecho Canónico*, cc. 659 a 661; *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, n° 58.

²⁹ JUAN PABLO II, Discurso «Al Congreso de la Unión de Superiores Generales», 26 de noviembre de 1993, *Oss.Rom.* n° 49, Ed. en español, p. 7.

El estudio a conciencia, la interiorización orante, el intento de encarnación de un carisma, según los rasgos fundacionales de que procede, es esencial para la identidad y la misión del religioso, de las vírgenes consagradas (en especial cuando están asociadas), y de los institutos seculares. De un modo análogo, los candidatos al sacerdocio ministerial buscarán «conocer» y «estudiar» los rasgos peculiares del camino al que ingresan, su origen evangélico, su historia y los requerimientos actuales.

Las formas de seguir el ejemplo y la doctrina de Jesús por los consejos evangélicos que se fueron gestando y aprobando en la Iglesia son un don de Dios. Es responsabilidad de la mayor importancia -¡y algo tan amable!- ser fieles al carisma recibido, para cumplir siempre la voluntad del Padre. Parte indispensable de la formación inicial es el asumir consciente y encarnadamente el espíritu y doctrina de los fundadores, y las sanas tradiciones de las instituciones.

8- La apertura cultural

El panorama del estudio en la globalidad de la preparación para la consagración y el sacerdocio no está completo sólo con el conocimiento filosófico, teológico y vocacional específico. La cultura individual está conformada por otros conocimientos y valores que enriquecen la cosmovisión y la personalidad: por intereses sobre el acervo cultural del pasado, por las realizaciones e inquietudes del presente, y en general por las realidades temporales, según las inclinaciones y capacidades subjetivas, y el estilo de vida que se asume.

Aún teniendo en cuenta las diferencias de sentido y funcionalidad entre la vida activa y la contemplativa, es claro que para todos es necesaria una apertura cultural lo más abarcadora y profunda posible. A ningún cristiano le es indiferente la realidad, ni el perfeccionamiento propio o de su prójimo, en las circunstancias histórico-geográficas en que transcurre su existencia, y menos si se ha consagrado a la gloria de Dios y al servicio fraterno: *El mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro: todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios (1 Co 3,22-23)*.

Las ciencias aportan elementos al realismo de la persona: las ciencias del hombre, como la sociología, psicología, pedagogía, la ciencia de la economía y de la política, de la comunicación social, las ciencias exactas y las positivas, la técnica, las artes y tantos sectores de la investigación y de la civilización. Jesús fue

contemporáneo de los hombres por su encarnación y forma de vida: sus «seguidores» son fieles si se preparan para continuar esa contemporaneidad³⁰.

Si entendemos por cultura personal el perfeccionamiento de lo que se recibe como naturaleza y cualidades propias, no puede parecer extraño que sea un bien indispensable para quienes se consagran u ordenan *renunciando a todo por Jesús* (cf. *Lc 18,29*), *eligiendo la mejor parte, que no les será quitada* (cf. *Lc 11,42*). Tal entrega a Dios no se opone al desarrollo personal, sino que lo exige y lo favorece por la presencia informante del Evangelio, salud y superación de los elementos que pueden responder al pecado. La sabiduría de Cristo transforma la vida de quien busca su estado vocacional definitivo en la Iglesia, impregnando su vida interior, sus obras, sus relaciones, sus intereses. Y lo prepara para trabajar en la edificación del Reino. Los hombres, sus hermanos, experimentan que Jesucristo crea en la persona «cultivada» del consagrado o del presbítero un instrumento al servicio de su obra redentora³¹.

La cultura general no se reduce al aspecto intelectual, sino que está abierta a la multiforme asunción de la verdad y de los valores del orden natural y sobrenatural. Esto implica que los encargados de la formación vocacional estén atentos a una honda inculturación de la fe y de los valores en la persona concreta, considerando su cultura de origen. Este mismo proceso de inculturación de la fe debe ser tenido en cuenta para ubicarse el sacerdote o consagrado en el entorno de su comunidad y en el de su labor pastoral, porque muchas veces su destino estará en una cultura extraña a la de su lugar de procedencia y de formación³². La preocupación por la eficacia apostólica incluye conocer el lugar de inserción, las costumbres, la historia, las problemáticas actuales de esa sociedad, su idiosincracia, sus esperanzas, y todo cuanto atañe a tal entorno. Este hábito es un decisivo factor de la cultura que es conveniente adquirir en esta etapa³³.

Este amplio conjunto de elementos que conforman los estudios en la época de la formación vocacional es de una gran exigencia. Apunta muy alto dada la urgencia de una preparación al nivel de las necesidades y expectativas actuales

³⁰ Cf. *Pastores dabo vobis*, n° 52.

³¹ Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, ns.10 y 18.

³² Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, ns. 90 y 91; JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n° 55.

³³ Son de una gran luz las palabras de los ns. 23 a 26 del *Decreto Ad gentes divinitus*, sobre la formación de los misioneros. Pueden aplicarse a las otras vocaciones con las analogías precisas.

del mundo y de la Iglesia. Por eso es preciso que los responsables de los estudios y de la formación en institutos y diócesis³⁴ tengan en cuenta simultáneamente la altura de la meta y las adaptaciones que requieren las personas, los tiempos y los lugares, así como los carismas respectivos³⁵.

Podemos concluir esta sección transcribiendo el criterio que ofrece el Papa, aplicable a los candidatos a la vida sacerdotal y consagrada:

«Esta misma situación contemporánea exige cada vez más maestros que estén realmente a la altura de la complejidad de los tiempos y sean capaces de afrontar, con competencia, claridad y profundidad los interrogantes vitales del hombre de hoy, a los que sólo el Evangelio de Jesús da la plena y definitiva respuesta»³⁶.

9- Un interés trascendente y actual

Esta reflexión se enmarca -y en gran medida se inspira- en algunas orientaciones del magisterio postconciliar sobre la formación contemporánea. La herencia del pasado, la urgencia del presente y la proyección del futuro comprometen a revitalizar y actualizar tal formación, generando condiciones para su realización. Muchos maestros de la fe han ido manifestando en cada época los requisitos para la preparación de los diversos caminos vocacionales, de valor perenne o transitorio. La Iglesia, en su autoconciencia histórica, no puede desatender a un interés de tal trascendencia para su identidad y misión: procurar para estas hijas e hijos suyos las cualidades humanas, espirituales, morales, intelectuales y pastorales que los configuran en su personalidad e idoneidad funcional.

En el ámbito del derecho eclesiástico y del magisterio se han elaborado sendos elementos al respecto³⁷, con un interés común: poner en práctica los criterios

³⁴ Es oportuno citar aquí el documento para la orientación de los formadores, del 4 de noviembre de 1993, por su luz sobre este tema específico. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. (Para los Seminarios e Institutos de Estudio). *Directrices sobre la Preparación de los formadores en los Seminarios*.

³⁵ Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, ns. 58 y 61.

³⁶ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, nº 56.

³⁷ El *Código de Derecho Canónico*, 1983, considera la formación y el estudio en la vida religiosa, los institutos seculares y los sacerdotes en los cánones 659

y el espíritu del Vaticano II, sopro providente del Espíritu para nuestros tiempos. Otro rasgo afín en los documentos aludidos es señalar la responsabilidad que tienen las diversas modalidades vocacionales de realizar la propia misión mediante la idoneidad de las personas y comunidades, idoneidad que sólo se logra por una formación integral. Ambos rasgos están presentes de manera esencial en estas líneas.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1992, dedica los números 873-896 y 914-933 a la vida consagrada y al ministerio respectivamente. El *Documento final de Santo Domingo* dedica una parte a las vocaciones de la Iglesia, para revalorizar los diversos caminos del seguimiento del Señor y del empeño por la evangelización. En las *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos* se especifican los fundamentos doctrinales de la formación, las exigencias de la actualidad y de las etapas del proceso, aún de la formación permanente³⁸.

En este marco aparece el texto de *Lineamenta para la IX Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, que en 1994 tratará el tema *De vita consecrata deque eius munere in Ecclesia et in mundo*. Un punto importante es la referencia a la formación vocacional, entre los temas agrupados como problemas prioritarios para el debate sinodal. En el n° 32 leemos:

a 661, 724, 242.1, 243-248, 250-254, 255-258. El magisterio postconciliar ha elaborado un nutrido mensaje para los religiosos y los presbíteros: *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, 1970; Exhortación Apostólica *Evangelica testificatio*, PAULO VI, 1971; *La formación teológica de los futuros sacerdotes*, SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, 1974; *Religiosos y promoción humana. La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SEculares, 1980; Exhortación apostólica *Redemptionis donum*, JUAN PABLO II, 1984; *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*, CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, 1990; Carta apostólica *A los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del Vº Centenario de la evangelización del Nuevo Mundo*, JUAN PABLO II, 1990; Exhortación Postsinodal *Pastores dabo vobis*, JUAN PABLO II, 1992; *Directrices sobre la Preparación de los formadores en los Seminarios*, CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. (Para los Seminarios e Institutos de Estudio), 1993.

³⁸ Queremos señalar el n° 1 sobre la finalidad y los ns. 87, 88, 90 y 91 sobre cuestiones actuales de la formación de los religiosos, los ns. 58 a 65 sobre la formación de los profesos perpetuos, y los ns. 73 a 76 sobre la de los contemplativos.

«LA PROMOCIÓN Y FORMACIÓN VOCACIONAL. Si el futuro de las comunidades depende de la renovación y de la adecuada formación de sus miembros, la vitalidad de la vida consagrada depende hoy de la promoción vocacional, acompañada de la oración al Dueño de la mies y dador de toda vocación, y de la formación inicial y permanente, a nivel teológico, moral y espiritual. (...) Ante la fragilidad que hoy se constata en las vocaciones, carentes a menudo de raíces y de tradición sólida, es importante destacar en la formación: los valores humanos básicos, la consistencia de las motivaciones sobrenaturales, la integración de los aspectos formativos, la madurez afectiva, la progresiva asimilación de las actitudes evangélicas, religiosas y carismáticas, y la efectiva identificación con la historia y la vida del instituto».

La Exhortación postsinodal que escribe JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, aporta amplias perspectivas sobre la formación intelectual del sacerdote, así en el n° 51 se lee:

«La formación intelectual, aún teniendo su propio carácter específico, se relaciona profundamente con la formación humana y espiritual, constituyendo con ellas un elemento necesario (...). La formación intelectual de los candidatos al sacerdocio encuentra su justificación específica en la naturaleza misma del ministerio ordenado y manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización a que el Señor llama a su Iglesia a las puertas del tercer milenio (...). Los candidatos al sacerdocio y los presbíteros deben cuidar diligentemente el valor de la formación intelectual en la educación y en la actividad pastoral, dado que, para la salvación de los hermanos y hermanas, deben buscar un conocimiento más profundo de los misterios divinos»³⁹.

10- El fin del primer tramo

Llegamos ya al final del primer tramo del camino, y el mejor modo de cerrar esta etapa nos parece que es expresar la conciencia de la realidad que clama.

Nuestra vocación implica la responsabilidad de prepararnos para compartir con nuestros hermanos lo que el Maestro nos enseña. La *caridad de la verdad*

³⁹ El Papa actual no cesa de describir el inestimable bien de la formación integral de los llamados a la consagración y al sacerdocio en visitas *ad limina*, audiencias, catequesis, viajes apostólicos y pastorales, y en toda comunicación con los responsables de instituciones de vida consagrada y formación sacerdotal.

(2 Ts 2,10) ha sido una irrenunciable misión eclesial, que hoy nos disponemos a realizar entre desafíos y circunstancias trascendentes: el adveniente tercer milenio del cristianismo, el quinto centenario de la evangelización de América, las *Líneas Pastorales* de la CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, y el *documento* de la IVª CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO en Santo Domingo, la renovación de todos los miembros del Pueblo de Dios: laicos, sacerdotes y consagrados, una sociedad mayormente secularizada pero también en búsqueda religiosa, el progreso científico-técnico, la desvinculación entre la ética y las praxis humanas de distinto orden, el cambio agudo de las coordenadas socio-políticas mundiales, los ingentes requerimientos de la justicia, la educación y la salud, los problemas bélicos y ecológicos de inhumanas secuelas sociales, entre tantos otros factores que encuadran y motivan nuestra esperanza y nuestra *caridad de la verdad* (2 Ts 2,10).

La propuesta del estudio filosófico y teológico, de la compenetración con el propio carisma y de la amplitud cultural... no es la propuesta de una «*gnosis*». Y esto, ni porque la dejemos ni porque la tomemos como tal.

La Iglesia, Esposa de Cristo, no sabe de desapegos ni de abstracciones. Sabe de encarnaciones y de verdades, en su trabajosa peregrinación y entre constantes dolores de parto. Por su maternidad nos educa, nos induce a preparar las «*tarefas del amor*» para el que hacemos, con la «*providencia del estudio*». Como María, la contemplativa, la discípula, imagen de la Iglesia, que engendró en su corazón antes que en su seno.

No caigamos en un prejuicio. Ni en una excusa. Ni en una imprudencia. Ni en una burbuja. **Estudiar... también es amar.**

*Ayacucho 63. 7° I
1025 Buenos Aires
Argentina*